

Elena Garro: el discurso social en *Los recuerdos del porvenir*

MARGARITA LEÓN VEGA

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

La crítica ha señalado que en *Los recuerdos del porvenir*, la primera novela de Elena Garro (1964), el interés histórico y por tanto el discurso sobre la historia está totalmente desplazado, esto es, figura en última instancia, es irrelevante frente al sitio privilegiado que tienen en ella los aspectos ficcionales de los acontecimientos.¹

¹ "Ordenado el mundo por la desdicha y el milagro, las relaciones sociales, la economía, la política y la religión pasan a segundo término, son el contexto que configura la atmósfera y sirve de telón de fondo a los personajes privilegiados a quienes el amor les da la ilusión, es decir la vida. Se ha afirmado que esta novela es una obra zapatista, que muestra simpatía por la rebelión de los cristeros, que es un examen del fracaso de la revolución, que incide en lo que se llama ordinariamente visión del mundo reaccionaria. Los críticos que así opinan no entendieron el propósito de Elena Garro al escribir esta novela, propósito que se despreocupa, por lo menos fundamentalmente, de la historia patria, las creencias y las ideologías" (Carballo 507); "la invención en *Los recuerdos del Porvenir* ya no corresponde al ciclo de la revolución mexicana ni aún en sus fases terminales. Estamos ante una fuga crítica donde el realismo se descompone líricamente para rechazar la Historia [...]. Aunque localizable en los albores del levantamiento cristero [...], separa radicalmente el binomio poder/política. En ese sentido su obra ocupa el extremo opuesto a la de Revueltas. En Elena Garro no hay ideología; la historia aparece despojada de movimiento, la revolución mexicana y sus secuelas abatidas como referencia histórica. El realismo es despojada de su historicidad y el tiempo de su devenir [...]. Las novelas de Elena Garro son una salida virtual de la tradición y una disolución de la historia política como un estado de naturaleza del que surge nuestra conciencia" (Domínguez Michael 10-11).

Estas observaciones nos pueden servir de base para elaborar una nueva hipótesis que explique el desplazamiento del discurso histórico, es decir, de temas, de hechos, personajes y situaciones relacionados directamente con acontecimientos de la historia referencial, en este caso concreto, con etapas específicas de la historia de México. La novela —sería una hipótesis posible—, a través de distintas formas de figuración, pone en diálogo el discurso de la historia oficial, es decir, de los hechos vistos y contados desde la perspectiva de una historiografía institucional,² con la otra, la historia no dicha o implícita, aquella formada por el discurso social, “ese inmenso rumor fragmentado que’ figura, comenta, conjetura, antagoniza el mundo”.³

Los recuerdos del porvenir no es solamente el relato de un pueblo provinciano, Ixtepec, de su génesis y de su destrucción, no sólo es el recuerdo colectivo del pasado traído a cuento en la memoria de una o varias individualidades (entre ellas, la del personaje Isabel Moncada), sino también la interpretación de lo que ciertos hechos de la historia mexicana, de la historia real o referencial —el relato de las peripecias militares y de las acciones de caudillos derrotados o instaurados en el poder— representan y valen en el imaginario de una colectividad que se ha mantenido al margen de las decisiones que influyan y transformen económica, política y socialmente sus vidas cotidianas y sus ideas sobre el mundo. En el caso de Ixtepec hablamos efectivamente de una colectividad ficticia, imaginaria, pero que mantiene relaciones complejas con los discursos y los lenguajes sociales anteriores.⁴

² Entendemos por “historiografía” la historia de la historia escrita, es decir “la historia del discurso —un discurso escrito y que dice ser cierto— que los hombres han hecho sobre el pasado, sobre su pasado” (Carbonell 8). Por “historiografía oficial” entendemos aquella historia del discurso que justifica el poder en cada época.

³ Y es que —como dicen Angenot y Robin— “lo real ya está tematizado, representado, interpretado, semiotizado en los discursos, lenguajes, símbolos, formas culturales. (Esos discursos y lenguajes que forman igualmente parte de lo real)”, entendiéndolo como “lo real”, ese “inmenso rumor fragmentado”, ese “discurso social”, “...lo que el escritor escucha primero como hombre-en-la sociedad” (Robin/Angenot 52-53).

⁴ Entendemos por lenguaje social lo que entiende Bajtín, o sea, “una totalidad viva y concreta de indicios que pueden realizarse dentro de una lengua

Así, por ejemplo —retomando en parte una visión conservadora, muy cercana a la de Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*—, para la novela de Garro no es sustancial el constitucionalismo de Venustiano Carranza, ni sus acciones para pacificar y reorganizar el país, sino el hecho de que su “perversidad” trasmite en cada acto de la sociedad, en los lugares y rincones más apartados de la conciencia de los individuos. Es ciertamente importante el asesinato de Madero, que desató en definitiva la lucha armada en 1913, pero sobre todo porque el país perdió su destino histórico, ese destino que depende de la voluntad de un pueblo.

—Desde que asesinamos a Madero no tenemos sino una larga noche que expiar, exclamó Martín Moncada, siempre de espaldas

única y que se definen por las trasposiciones semánticas y selecciones léxicas. Es un horizonte lingüístico concreto que se hace consciente de su diferencia dentro de los límites de la lengua abstracta y única” (Bubnova 23). Y es que “en el lenguaje no queda palabra alguna o forma neutral o de nadie: queda diferenciado, penetrado por las intenciones, lleno de acentos. Para la conciencia que vive en el lenguaje, éste no es un sistema abstracto de formas normativas, sino una opinión concreta y contradictoria sobre el mundo. Todas las palabras huelen a una profesión, a un género, a una corriente, a un partido, a una determinada obra, a cierto individuo, a una generación, a una edad, a un día y a una hora. Cada palabra huele a los contextos sociales en los cuales ha vivido con intensidad; todas las palabras y formas están pobladas de intenciones. En la palabra son inevitables los modos mayores contextuales (de los géneros, corrientes o individuos)” (Bajtín 1986 121). Por su parte, el propio creador de la obra, el novelista, heredero de una tradición literaria y lingüística “no limpia a las palabras de las intenciones que le son ajenas, no mata los embriones de la diversidad sociolingüística, depositados en ellas, no elimina a esas personas lingüísticas y maneras discursivas (los personajes-narradores potenciales) que se translucen tras las palabras y formas del lenguaje [...], no elimina las intenciones ajenas del discordante lenguaje de sus obras, no destruye esos horizontes socioideológicos (mundos y mundillos) que se revelan tras los lenguajes del plurilingüismo, sino que los introduce en su obra” (Bajtín 1986 126-127). La sociocrítica señala además que “más allá del fragmento, de la diversidad de lenguajes y temas, de la cacofonía y del caos, el investigador puede llegar a reconstruir las reglas de lo decible y lo escribible, una división regulada por tareas discursivas, redes interdiscursivas, reglas de formación de discursos determinados, pero también un tópico [*sic*], de maneras de hablar propias de un estado de sociedad que determinan con cierta sistematicidad lo aceptable y lo legítimo discursivo de una época”. Esa sistematicidad —aclaran los autores— no es objetiva ni le corresponde al escritor exponerla a la luz totalizante (Robin/Angenot 53).

al grupo. Sus amigos lo miraron con rencor. ¿Acaso Madero no había sido un traidor a su clase? Pertenecía a una familia criolla y rica y sin embargo encabezó la rebelión de los indios. Su muerte no sólo era justa sino necesaria. Él era el culpable de la anarquía que había caído sobre el país. Los años de guerra civil que siguieron a su muerte habían sido atroces para los mestizos que sufrieron a las hordas de indios peleando por unos derechos y unas tierras que no les pertenecían. Hubo un momento, cuando Venustiano Carranza traicionó a la Revolución triunfante y tomó el poder, en que las clases adineradas tuvieron un alivio. Después, con el asesinato de Emiliano Zapata, de Francisco Villa y de Felipe Ángeles, se sintieron seguras. Pero los generales traidores a la Revolución instalaron un gobierno tiránico y voraz que sólo compartía las riquezas y los privilegios con sus antiguos enemigos y cómplices en la traición: los grandes terratenientes del porfirismo (70).

En Ixtepec hay de todo, porfiristas ultraconservadores que añoran volver al pasado colonial y otros que enarbolan la filosofía positivista en la que se apoyó el régimen de Porfirio Díaz para elaborar su política de "Orden, Libertad y Progreso". Los hay liberales o seudoliberales que quisieran el progreso político y económico, pero sin perder sus actuales privilegios y sin cambiar la forma casi arcaica de ser y de relacionarse con el mundo. También existen aquellos que tienden más a las posturas de izquierda, que no representan ni a Calles ni al antiguo régimen, sino a un zapatismo más o menos heterodoxo, socializante y a veces hasta anarquista. Sin embargo, todas estas categorías ideológicas están ironizadas, relativizadas por el discurso heterogéneo, plurilingüe de la novela.⁵ Y es que, de cualquier modo, hay una circunstancia o condición que unifica las vivencias de los ixtepecanos y que los hace coincidir psicológica y afectivamente —sea cual fuere su clase social, su grupo racial y su creencia

⁵ "El prosista utiliza palabras ya pobladas de intenciones sociales ajenas y las obliga a servir a sus nuevas intenciones, a un segundo dueño. Por esta razón las intenciones del prosista se refractan, y lo hacen bajo distintos ángulos, en dependencia de la ajenidad, la densidad y la objetividad socioideológicas de las refractantes lenguas del plurilingüismo" (Bajtín 1986 128).

política o religiosa—, pues son sin excepción *los vencidos de la Historia*. Dicho de otra manera, son los protagonistas de la historia con minúscula, los actores de una “microhistoria” que se convierte en una explicación casi personal, subjetiva⁶ de los acontecimientos.⁷ Por ello es más relevante para los ixtepecanos la enigmática y luminosa presencia de Julia Andrade en el pueblo, la “más querida de Ixtepec” —como le dicen en el lugar—, paseándose del brazo de su amante, el general Francisco Rosas, alrededor del jardín del pueblo, mientras la banda militar toca (76, 93-95); es más importante su callado idilio con Felipe Hurtado —observado y comentado por todos—, que la muerte de Obregón “sobre un plato de mole”; es más significativa la llegada de Felipe Hurtado (37-57) —“el no contaminado por la desdicha”, como le llama el narrador—, o la presencia de la lluvia (103-104) o del tren de las seis de la tarde (34) que las acciones de los militares en el pueblo; es más importante el espacio maravilloso que promete una obra de teatro que se escenificará por primera vez en el pueblo (120), o la salvación que anuncia la

⁶ Entiendo por “subjetivo” o “subjetiva” lo referente a la relación de las cosas con nosotros, es decir, con el que las piensa, con el Yo.

⁷ Se trata de narrar la historia desde otra perspectiva, como dice Luis González, cuando explica que su trabajo sobre San José de Gracia es una microhistoria porque “en el escenario josefino nunca ha tenido lugar ningún hecho de los que levantan polvareda más allá del contorno de la comarca. No se ha dado allí ninguna batalla de nota, ningún «tratado» entre beligerantes, ningún «plan revolucionario». La comunidad josefina no ha producido personalidad de estatura nacional o estatal; nada de figuras sobresalientes en las armas, la política o las letras. No ha dado ningún fruto llamativo ni ha sido sede de ningún hecho importante. Parece ser la insignificancia histórica en toda su pureza, lo absolutamente indigno de atención, la nulidad inmaculada: tierras flacas, vida lenta y población sin brillo. La pequeñez, pero la «pequeñez típica», y no obstante esta «insignificancia», se vuelven relevantes por la mirada amorosa del estudioso o escritor [...]. Todos los pueblos que no se miran de cerca con amor y calma son un pueblo cualquiera, pero al acercarlos el ojo cargado de simpatía, como es el caso presente, se descubre en cada pueblo su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares y hasta se olvida lo que tiene de común con otros pueblos [...]. [...] pretende ser una historia universal de San José de Gracia [...], una comunidad aislada de la corriente principal del país que, en los últimos años, se ha incorporado, por cursos imprevistos, al río central de México” (González 3-4).

posible llegada de Abacuc el cristero (184), que los logros políticos de Carranza o de Calles.⁸ Esto es, lo cercano y palpable, lo que directamente y en carne propia afecta la vida de todos los días, es lo que es tomado en cuenta, aunque se trate de hechos que no rebasan el ámbito pueblerino. En Ixtepec no hay héroes ni personalidades, todos son seres insignificantes, grises y anónimos. Desde esta perspectiva se ven los acontecimientos que la historiografía oficial califica de históricos y trascendentes.

Si pudiéramos darle un nombre a la interpretación que se hace de los hechos en *Los recuerdos del porvenir*, afirmaríamos que es la interpretación de algunos aspectos de la Historia de México desde la perspectiva de los derrotados. La novela es una especie de *visión de los vencidos*, que se contrapone evidentemente a la visión de los vencedores, es decir, a la de quienes tienen y ejercen el poder. Se trata así de una visión contraria a la impuesta como la verdadera, única y por ley que predomina en los textos escolares o en los discursos políticos de funcionarios del régimen.⁹ El discurso de la novela se afilia consciente y partidariamente a la interpretación que, junto con otros autores contemporáneos, hace Juan Rulfo, en el sentido de que —se diga lo que se diga, se escriba lo que se escriba— lo que lograron los indios y los campesinos en general, como resultado de la Revolución mexicana, fue tener un trozo del gran páramo o desierto que es

⁸ En la realidad histórica, Venustiano Carranza logró la pacificación del país, reorganizó los poderes y la administración, restableció el imperio de las leyes, distribuyó tierras, defendió los derechos obreros e impuso el respeto a México en el extranjero; Plutarco Elías Calles emprendió la construcción de grandes obras de irrigación y carreteras, la organización de un sistema bancario moderno, la creación de un gran número de instituciones como el Banco Nacional de Crédito Agrícola y Ejidal y el Banco de México; fundó las escuelas centrales agrícolas, la Casa del Estudiante Indígena. Estos y otros hechos y obras no son tomados en cuenta en el balance de los ixtepecanos.

⁹ El discurso oficial sobre la Revolución Mexicana ha tenido muchas versiones, elaboradas de acuerdo con las políticas de los gobiernos en turno; sin embargo, lo que es una constante es el hecho de que ese discurso justifica al Estado actual como producto directo del movimiento revolucionario y representante "legítimo" de los intereses de las "masas", de ese "pueblo" que participó en él.

toda tierra sin agua y sin apoyo alguno para hacerla producir. Esa aridez fue la que en realidad se repartió a manos llenas. Pero lo que en Rulfo es dar vueltas, en un círculo eterno, sobre la misma tierra caliente y seca de Comala, en la novela de Garro es dar vueltas y vueltas sobre la misma verdad, la verdad de un grave problema que no ha sido resuelto, una verdad figurada en ese ir y venir constante por el recuerdo y el ensueño de los ixtepecanos, lo cual se convierte en una forma de escapar a la dolorosa pérdida de la fe y la esperanza, o quizá se vuelve un intento de rescatar lo que no debiera olvidarse. Es una verdad compartida y solapada en silencio, sin posibilidades de cambio, pues los gestos y las actitudes de los hombres, no obstante la diferencia de épocas, se repiten al infinito.

La novela intenta constituirse en un ejemplo de cómo funciona la memoria colectiva o que pretende ser colectiva, ese rumor social que integra materiales diferentes para crear una versión "ideal", esto es, funcional, apropiada o útil para un grupo o comunidad. Es por ello que en *Los recuerdos del porvenir* la narración y los diálogos de los personajes ponen énfasis en las vivencias sociales y psicológicas comunes que siguen siendo actuales, desplazando a un segundo lugar la crónica de acontecimientos —como algunos de la Revolución y de la época postrevolucionaria—, aunque en un momento dado éstos puedan convertirse en motivos o razones directas para remover viejos rencores, de clase o de grupo, volviéndose así disparadores de la acción. Es el caso de la orden de Calles de cerrar los templos y suspender los cultos.¹⁰

¹⁰ En la realidad histórica, el 31 de julio de 1926 fue el último día de culto público por decisión del Episcopado, en franca rebeldía con el gobierno de Calles, quien a su vez decretó la ley que ordenaba cerrar los templos, lo cual fue interpretado por los católicos —influidos por obispos y sacerdotes— como "la expulsión de Dios". En la segunda parte de la novela de Garro, el drama gira en torno a cómo vive Ixtepec la guerra cristera, en tanto respuesta a las políticas del gobierno de Calles, sobre todo en lo concerniente al conflicto Gobierno-Iglesia. Hay un intento de insurrección por parte de los ixtepecanos en contra de los militares, que es aplastado finalmente. Ahora bien, si comparamos los testimonios reales de cristeros —orales y escritos— con la ficción, es muy interesante encontrar que la novela recoge de manera muy fidedigna el estado psicológico que prevalecía

En Ixtepec se vive arcaicamente. La "sociedad" ixtepecana —como la considera Martín Moncada, según el narrador— (33) está constituida por un puñado de familias mestizas y criollas venidas a menos, herederas sólo del "prestigio dorado" del nombre que alguna vez detentaron (24), ahora están empobrecidas, marginadas. Y todavía más, se trata de familias cuya dignidad y soberbia —propias de su clase— están más que mermadas. Recordamos que, por ejemplo, los hermanos Moncada tienen que irse de Ixtepec a trabajar a las minas de Tetela, también en decadencia. Es el criado Félix quien hace los arreglos pertinentes, lo que subraya el estado degradante en que se encuentran estos honorables señores (22-23).

Como efecto de la ocupación militar, la vida pública casi está anulada, se reduce al mercado, a las serenatas en el jardín. Todo se vive dentro y desde dentro de las casonas porfirianas, de varios patios y corredores, que son como una suerte de laberintos donde deambulan día y noche sus moradores. El espacio público es de los militares y sus queridas, las cuales, al igual que las mujeres "decentes" del lugar, viven —por razón de su sexo, como los indios por cuestiones de raza— como sus abuelas, doblemente marginadas de la vida política del pueblo. En ese sentido, la mujer es también un indio, un ser que no es sino que *está* en el espacio, en un espacio muy restringido.

En Ixtepec se viven situaciones que parecen sacadas de una crónica colonial. Es el caso del despojo de tierras a través de las armas: Rodolfito Goribar mueve las "mojoneras" a su arbitrio y con la ayuda de los militares, emulando las actitudes de un encomendero. En Ixtepec no hay carreteras ni luz eléctrica (se alumbran todavía con quinqués), pocas de sus contadas calles están empedradas, y su traza es elemental.

Mis calles principales convergen a una plaza sembrada de tamarindos. Una de ellas se alarga y desciende hasta perderse en la salida de Cocula; lejos del centro, su empedrado se hace escaso (10).

y las reacciones del pueblo católico frente a esta medida gubernamental, que fue la que prendió la mecha de la Guerra Cristera (Meyer 97-125).

Como en todos los pequeños pueblos de México, la plaza de Ixtepec ocupa un lugar primordial en la vida social: la plaza y el hotel Jardín son una especie de escaparate a través del cual Rosas y su gente son observados por los pueblerinos. Y como en todos, hay también una iglesia, una Presidencia Municipal o Palacio de Gobierno, la cual, por efecto de la ocupación, se utiliza como cuartel y, en su momento, como cárcel. Hay igualmente —y sin falta— un prostíbulo.

Felipe Hurtado llegó frente a la casa que buscaba. Supo que era ella porque se separaba de las otras casas como si fuera una imagen reflejada en un espejo roto. Sus muros eran ruinas y, aunque trataban de hacerse muy pequeños, crecían enormes al final de una calle que terminaba en piedra [...]. El fuereño observó la puerta despintada y el nicho que amparaba a un San Antonio callejero. Tiró de la campanilla [...]. Hurtado empujó la puerta y se encontró en un vestíbulo con piso de piedra que comunicaba con una habitación que hacía las veces de sala. Unos sillones de terciopelo rojo, unas flores sucias de papel, unas mesas y un espejo ahumado amueblaban el cuarto. Había colillas y botellas esparcidas por el suelo pintado de rojo (57).

En Ixtepec todos han sido traicionados de alguna manera, olvidados, marginados de cualquier decisión. Los mismos generales que “patrullan” sus calles, comandados por Francisco Rosas, pertenecen a un último ejército derrotado.

Cuando la Revolución agonizaba, un último ejército, envuelto en la derrota, me dejó abandonado en este lugar sediento. Muchas de mis casas fueron quemadas y sus dueños fusilados antes del incendio [...]. Eran gobiernistas que habían entrado por la fuerza y por la fuerza permanecían. Formaba parte del mismo ejército que me había olvidado en este lugar sin lluvias y sin esperanzas (13).

Ellos y sus queridas, desarraigados de sus lugares de origen, viven a la deriva, sin centro, son intrusos en una tierra hostil. Los ixtepecanos, criollos y mestizos, familias que en una época tuvieron dinero y propiedades, ahora están minimizados, empobrecidos, atados de manos ante la ocupación federal.

El extremo de la marginación la constituyen los indios, casi en total extinción, a pesar de que la región es tradicionalmente indígena.¹¹ Los indios aparecen cuando hay mercado o fiesta en el pueblo. Viven por ahí, en las bocas de las minas, arrinconados en las cocinas de las viejas casonas, donde llevan todavía una vida de esclavos; continuamente aparecen como cuerpos ya inertes, mutilados, "colgados en las Trancas de Cocula", acusados de abigeato, o como resultado del despojo.

Pasaron unos días y la figura de Ignacio tal como la veo ahora, colgada de la rama alta de un árbol, rompiendo la luz de la mañana como un rayo de sol estrella la luz adentro de un espejo, se separó de nosotros poco a poco. No volvimos a mentarlo. Después de todo, sólo era un indio menos. De sus cuatro amigos ni siquiera recordábamos los nombres. Sabíamos que dentro de poco otros indios anónimos ocuparían sus lugares en las ramas (91).

Los indios son recordados virtualmente a través de un relato que se convierte en símbolo de la transgresión castigada.¹² Los indios están siempre pobres, descalzos, inermes, silenciosos, ante

¹¹ La novela alude a esta circunstancia continuamente y de distintas formas. Por ejemplo, al principio describe, de manera escueta pero precisa, como características de la región donde se ubica Ixtepec, algunos datos sobre los rasgos indígenas de sus pobladores originales. El narrador —voz de la memoria de Ixtepec— dice: "Mi gente es morena de piel. Viste de manta blanca y calza huaraches. Se adorna con collares de oro o se ata al cuello un pañuelito de seda rosa. Se mueve despacio, habla poco y contempla el cielo. En las tardes, al caer el sol, canta" (10).

¹² Isabel Moncada, al contemplar a un grupo de indios ahorcados, recuerda el relato que de niña le contaba Dorotea: el indio Sebastián es castigado por su patrón don Justino Montúfar, porque supuestamente robó la caja de la hacienda y sobre todo por negarse a aceptar su pretendida culpabilidad. La actitud de Justino es justificada por Dorotea, pues el indio es propiedad del patrón y por tanto debe aceptar todo lo que su amo le ordene. En el ánimo de Isabel, sin embargo, hay cosas que no puede aceptar del todo. El indio Sebastián es interrogado bajo presión, dando por hecho que el detenido es culpable, mientras responde siempre con firmeza que no ha sido él. Su inocencia queda así en entredicho, sobre todo cuando hemos conocido antes la opinión y la actitud racista de mestizos y criollos sobre los indios. Hay una ironía evidente en este pasaje de la novela, que subraya la crueldad y la injusticia que sufren los indios (101-103).

la furia de mestizos y criollos. "Para nosotros, es el tiempo infinito de callar", dice Félix, el criado indio de los Moncada, impotente y resignado ante el discurso antiindigenista y discriminatorio de sus patrones.

Los indios aparecen totalmente anulados como sujetos actuantes y hablantes; esto es, están ausentes de las acciones protagónicas que ocurren a su alrededor y que los afectan, sobre todo de aquellas que podrían modificar su grave situación. La ausencia social del indio está marcada también a través de la desnaturalización de su propio discurso al entrar en contacto con el discurso ajeno,¹³ que lo silencia totalmente. El indio desaparece entonces del panorama histórico y del discurso explícito (el directo, el que construirían sus propias palabras), aunque no así del panorama simbólico. Todo esto alimenta todavía más la idea de que no existe el tiempo, de que cualquier gesto o intento de actuar y de transgredir la larga tradición de la opresión resulta inútil. La presencia constante, aunque casi siempre oblicua, colateral, de los indios en el discurso mestizo durante las tertulias y charlas de las rancias familias del lugar es como un fantasma que merodea y amenaza las buenas conciencias de sus patrones, que se niegan a reconocer esa otredad que es parte constitutiva de ellos mismos. En su mente y en su ánimo los indios, *ausentes* del panorama social y político de Ixtepec, aparecen como una fuerza amenazadora que, agazapada, espera turno para tomar revancha social. Paradójicamente, los indios —doblemente marginados y borrratos del espacio público de Ixtepec— son para estos mestizos y criollos conservadores una realidad ominosa, permanente, in-

¹³ La utilización del estilo indirecto libre nos hace reflexionar sobre lo que sostiene Bajtín: "El prosista-novelistas no elimina las intenciones ajenas del discordante lenguaje de sus obras, no destruye esos horizontes socioideológicos (mundos y mundillos) que se revelan tras los lenguajes del plurilingüismo, sino que los introduce en su obra. El prosista utiliza palabras ya pobladas de intenciones sociales ajenas y las obliga a servir a sus nuevas intenciones, a un segundo sueño. Por esta razón, las intenciones del prosista se refractan, y lo hacen bajo distintos ángulos, en dependencia de la ajenidad, la densidad y la objetividad socioideológicas de las refractantes lenguas del plurilingüismo" (Bajtín 129).

tensa. La vieja Dorotea medita, mientras observa a los indios colgados "de las trancas de Cocula":

Los indios colgados obedecían a un orden perfecto y estaban ya dentro del tiempo que ella nunca alcanzaría. "Están ahí por pobres." Vio sus palabras desprenderse de su lengua y llegar hasta los pies de los ahorcados sin tocarlos. Su muerte nunca sería como la de ellos. "No todos los hombres alcanzan la perfección de morir; hay muertos y hay cadáveres, y yo seré un cadáver", se dijo con tristeza; el muerto era un yo descalzo, un acto puro que alcanza el poder de la Gloria; el cadáver vive alimentado por las herencias, las usuras y las rentas (14).

En el discurso general de la novela, la situación de desventaja del indio podría quedarse como un lugar común, tradicionalmente literario y convencional; sin embargo, la analogía que se establece con la situación de otros grupos e individuos en Ixtepec hace que esta constante alusión a los indios —como grupo en extremo marginal— los convierta en el modelo de la ignominia que cobija a todos los oprimidos, es decir, que los convierta en un "universal".

Inmóvil, me dejaba devorar por la sed que roía mis esquinas. Para romper los días petrificados sólo me quedaba el espejismo ineficaz de la violencia, y la crueldad se ejercía con furor sobre las mujeres, los perros callejeros y los indios. Como en las tragedias, vivíamos dentro de un tiempo quieto y los personajes sucumbían presos en ese instante detenido. Era en vano que hicieran gestos cada vez más sangrientos. Habíamos abolido el tiempo (63).

En la novela es obsesiva la idea de que no existe el tiempo histórico sino como una línea de continuidad, y no como un paulatino proceso de cambio, de que el pasado, el presente y el futuro son sustancialmente lo mismo, de que nada se mueve excepto en momentos privilegiados, extraordinarios, casi siempre bajo la marca de la violencia y el desorden (la guerra, la fiesta, el rito).¹⁴ La idea de que el espacio social es estrechísimo, de que

¹⁴ Para los ixtepecanos, los momentos más relevantes en la historia del pueblo son aquellos que los sacan de la rutina, las campañas zapatistas o

los hechos se han ejecutado una vez y sus efectos, casi siempre negativos, perduran por mucho tiempo, y más, de que el actuar les corresponde a otros (el presidente, los generales, los caudillos), viene a alimentar el odio entre grupos sociales, como si mutuamente se echaran la culpa de estar sumidos en el hoyo de la inmovilidad.

Ahora bien, debido a la generalizada decadencia económica y social, a pesar de las banderas, ideas o principios enarbolados por las facciones (que justifican la lucha revolucionaria que cambiaría y mejoraría virtualmente un estado de cosas), en el ánimo generalizado de los ixtepecanos la guerra civil ha sido inútil porque nada se ha transformado sustancialmente. En este sentido la novela muestra de manera sutil cómo los beneficios del triunfo revolucionario han llegado a unos cuantos, pese al carácter popular del movimiento.

Durante la Revolución los dueños de los minerales desaparecieron y los habitantes pobrísimo desertaron de las bocas de las minas. Quedaron unas cuantas familias dedicadas a la alfarería [...]. El camino que cruzaba la sierra para llegar al mineral atravesaba "cuadrillas" de campesinos devorados por el hambre y las fiebres malignas. Casi todos ellos se habían unido a la rebelión zapatista y después de unos breves años de lucha habían vuelto diezmados e igualmente pobres a ocupar un lugar en el pasado (25).

Aquí se precisa la idea de que todo ha permanecido estático y, por otra parte, se muestra reiteradamente la figura del aislamiento y de la incomunicación entre grupos sociales y entre individuos, agravada por la falta de un orden jurídico y moral que sustente las acciones de los hombres. Pobres y ricos, indios y

cristeras, los festejos religiosos o la fiesta que doña Elvira Montúfar y sus amigos les ofrecen a los militares para evadir su vigilancia y contribuir a la insurrección. La llegada de las huestes de Francisco Rosas resulta extraordinaria porque trae consigo a Julia Andrade, pero nefasta porque, "cuando el general Francisco Rosas llegó a poner orden me vi invadido por el miedo y olvidé el arte de las fiestas. Mis gentes no bailaron más delante de aquellos militares extranjeros y taciturnos. Los quinqués se apagaron a las diez de la noche y ésta se volvió sombría y temible" (12).

mestizos, hombres y mujeres, los ixtepecanos habitan su espacio personal y familiar, su espacio de raza y clase, de espaldas a la realidad del "otro", el cual, paradójicamente, comparte su vida de marginado.

A los mestizos, el campo les producía miedo. Era su obra la imagen de su pillaje. Habían establecido la violencia y se sentían en una tierra hostil, rodeados de fantasmas. El orden del terror establecido por ellos los había empobrecido. De ahí provenía mi deterioro. "¡Ah, si pudiéramos exterminar a todos los indios! ¡Son la vergüenza de México!" Los indios callaban. Los mestizos, antes de salir de Ixtepec, se armaban de comida, medicinas, ropa y "¡Pistolas, buenas pistolas, indios cabrones!" Cuando se reunían se miraban desconfiados, se sentían sin país y sin cultura, sosteniéndose en unas formas artificiales, alimentadas sólo por el dinero mal habido. Por su culpa mi tiempo estaba inmóvil (25).

Otra manera de presentar el "discurso social" se da a través de la figuración del espacio físico en relación con el espacio social. La estrechez del espacio físico y social es consecuencia del clima de violencia producido por la ocupación militar y del desarraigo absoluto del ámbito agrario, ausente de las vivencias de los ixtepecanos. Físicamente, los habitantes de Ixtepec se sienten atrapados, a causa del encierro que viven simultáneamente ellos mismos, las casas, el pueblo y la región, acechada de continuo por la guerra y la violencia social, rodeada de un constante temor, atormentada por una proverbial sequía y despoblamiento que produce rezago económico y abandono político. La experiencia del espacio cerrado —física y socialmente— está en relación con la interpretación de la historia o de los hechos históricos desde la perspectiva del "antihéroe".¹⁵ Francisco Roñas, el gene-

¹⁵ Parece ser el mismo tipo de personaje del que hablan Robin y Angenot al reflexionar sobre el sociodrama del héroe en la novela rusa. El "antihéroe" de *Los recuerdos del porvenir* sería aquel reconocido por el término genérico de *oblomovschina*, de *hombre inútil*, un tipo literario que atraviesa la ficción rusa y que "se caracteriza por un conjunto de rasgos de carácter, de actitudes, de circunstancias y un mismo tipo de relaciones consigo mismo, con los demás, y en particular con la mujeres. Se trata a menudo de

ral que comanda el ejército que ocupa el pueblo, vive el drama de no poder poseer totalmente a Julia, su amante. Julia Andrade y Felipe Hurtado han “desaparecido” por la ira de Rosas, víctimas de su amor (144-145); Isabel Moncada, la joven que es arrastrada por su pasión, se convierte en una especie de Malinche, traidora de su clase y de su sangre, al hacerse amante de su enemigo (265). Los indios ausentes o asesinados casi por hábito son “antihéroes”, pero también a este tenor se producen las acciones del feroz terrateniente, las cuales no representan una victoria, porque están despojadas de todo mérito: Rodolfito Goribar les quita sus tierras a los agraristas, pero ello no tiene validez moral ni le da poder político real. Los paterfamilias como Martín Moncada y Joaquín Montúfar, exterratenientes y exdueños de minas, están disminuidos también como machos y como jefes de familia. Los propios caudillos de la Revolución —excepto Zapata, Ángeles y Villa— son vistos con menosprecio y odio, se alude a ellos con ironía y a veces de manera sarcástica, como en el caso del “manco” Obregón que “murió sobre un plato de mole” (157), o como sucede con “el turco”, “el demonio” Calles (157). El loco y las putas son manifestación viva de la indigencia y la indefensión. Para el antihéroe, las acciones realizadas o por realizar no tienen ningún sentido, ni siquiera aquellas que, al avanzar el recuerdo del pasado, se realizarán en el futuro. Nada hay de positivo, sino recordar, soñar, desear, evadirse. Sienten que están de más, fuera de lugar, sin destino y sin centro que los integre a algo o a alguien, pues la historia oficial sólo toma en cuenta las hazañas de los grandes héroes, de los vencedores, de los “eficaces”, los “inmortales”, “los patricios” —según piensa Martín Moncada—, que son los que escriben sus hazañas y sus triunfos, su ‘historia’, o bien, hacen suyas las efigies de los héroes populares que han muerto, para utilizarlas en su provecho. Todos los demás son la masa amorfa, sin rostro preciso —como los in-

aristócratas aislados, alcanzados por el mal del siglo, veleidosos, apáticos, con una fuerte propensión al ensueño, a los viajes, que en ese caso deformaban más bien a la juventud. Siempre fuera de lugar, siempre de más, siempre desgraciado, reconocemos en él una de las figuras emblemáticas del romanticismo” (Robin y Angenot 60).

dios—, las “no personas”,¹⁶ de las que no se habla porque no figuran en la Historia. Por eso es necesario narrar la otra historia, o las otras historias, las de todos los días, esas historias que merecen ser contadas por sus propios personajes como si se tratara de una historia universal. Esos personajes son seres concretos que viven de manera singular y tienen características distintivas; son entidades que, si bien mantienen un diálogo con la realidad referencial, conservan las marcas de su originalidad. El texto de la novela, a través de diferentes figuraciones, pareciera autoproclamarse como una forma parcial pero posible de autoconocimiento, de reencuentro con una identidad que todavía está por definirse; es un espacio simbólico que, de algún modo, recupera, abre y habita una pequeña fracción del espacio social.

Por otro lado, la novela nos informa sobre la situación histórica que ha prevalecido en México, en el sentido de que el mestizaje no es absoluto en nuestro país —a pesar de algunas afirmaciones que quieren soslayar el conflicto étnico de México— y, por el otro lado, nos habla de que, mientras en el agro se han concentrado los indios y mestizos dedicados a las actividades agrícolas o a la explotación de minas, en las ciudades han predominado los criollos dedicados a la industria, entendiéndolo “criollo” como europeo o norteamericano (González Graff 8). Esta situación ha provocado un agudo conflicto, que parece no haber sido resuelto por la Revolución. Además, paradójicamente, no parece haber sido un problema decisivo, ni en el caso del movimiento de 1920 ni en el de la Cristiada, pues —como argumenta Meyer—, si bien es innegable la participación de los indios en el movimiento de los cristeros, no se puede hablar de éste como fenómeno blanco, indio o mestizo, sino del movimiento de

unos grupos marginados por definición, en la medida en que se definen por su no participación en una historia que rechazan y de la cual son las víctimas; unos grupos que no cambian de sitio jamás, sino que particularmente y por motivos localmente cir-

¹⁶ En varios textos de Elena Garro aparece esta frase que designa a personajes perseguidos, sin patria, sin casa, sin trabajo. Las “no personas” no tienen voz ni voto, no tienen identidad, no existen socialmente.

cunscritos, participan en ese movimiento, que arrastra, como la presa cuando revienta, todas las aguas mezcladas: La Cristiada (Meyer 3: 33).

En efecto, y como sucede con "la bola" en *Los de abajo* de Mariano Azuela, el pasaje en la iglesia de Ixtepec en la segunda parte de *Los recuerdos del porvenir* nos recuerda ese rumor que crece y se extiende, donde no hay distinciones de raza o de clase, pues todos los individuos se ven envueltos en la vorágine de indignación que provoca el cierre de la iglesia y la suspensión de cultos dictada por Plutarco Elías Calles, lo cual implica, para criollos, mestizos e indios, la disolución del individuo como persona y como ciudadano.

Llegaron las señoras y los señores de Ixtepec y se mezclaron con los indios, como si por primera vez el mismo mal los aquejara [...]. Se extendió un gran murmullo [...]. Al amanecer llegaron los habitantes de los pueblos vecinos y la muchedumbre aumentó, se levantó una gran polvareda que se confundió con las preguntas, el humo de las fogatas [...]; teníamos sueño y sed pero no queríamos abandonar a la iglesia en las manos de los militares. ¿Qué haríamos sin ella, sin sus fiestas, sin sus imágenes que escuchaban pacientes los lamentos? ¿A qué nos condenaban? ¿A penar entre las piedras y a trabajar la tierra seca? ¿A morir como perros callejeros, sin una queja, después de llevar una vida miserable? (158-159).

Ahora bien, cuando la situación del pueblo es estática o normal, esto es, cuando no hay ningún acontecimiento extraordinario que rompa la monotonía y la inercia de la vida de todos los días, las actitudes racistas y chauvinistas, a la vez que clasistas y sexistas, afloran de inmediato en las conversaciones familiares, en los actos y gestos cotidianos. En el discurso oficial, en el discurso del poder, la interpretación 'histórica' de acontecimientos paradigmáticos o extraordinarios tiende a generalizarse, borrando matices y contradicciones; manipula diferencias, valiéndose de abstracciones para justificar una idea política, un proyecto, una institución. La heterogeneidad de los discursos ideológicos en la novela, sus incongruencias, evidentes o no, hacen que ese

discurso homogéneo se relativice. Como en muchas narraciones de la Revolución —de Martín Luis Guzmán o de José Rubén Romero, por ejemplo—, el enunciador se burla y hace escarnio de los “héroes” o de ciertos héroes, se burla de los discursos patrióticos y revolucionarios; y, por el otro lado, sonrío ante la insignificancia y mezquindad de esos pueblerinos, hombres y mujeres, mestizos y criollos pobretones, aunque “con pedigrí”, que viven en el traspasio de la historia, de espaldas a un progreso del que han sido excluidos, pues son ajenos a las eficaces acciones del buen burgués, están entregados a un permanente y obsesivo diálogo consigo mismos.

El señor guardó silencio. “Martín, estás en las nubes” era una frase que le repetían cada vez que cometía un error. ¿Pero acaso violentar la voluntad de sus hijos no era un error más grave que el perder un poco de dinero? No entendía la opacidad de un mundo en cuyo cielo el único sol es el dinero. “Tengo vocación de pobre”, decía como excusa para su ruina progresiva. Los días del hombre le parecían de una brevedad insoportable para dedicarlos al esfuerzo del dinero. Se sentía asfixiado por los “cuerpos opacos” como llamaba al círculo que formaba la sociedad de Ixtepec: se desintegraban en intereses sin importancia, olvidaban su condición de mortales, su error provenía del miedo (33).

En este sentido, *Los recuerdos del porvenir* es un discurso de configuración heterodoxa o mixta, donde confluye lo que la autora “escuchó” con lo que leyó y que utiliza para sus fines,¹⁷ y al mismo tiempo es en sí mismo —como parte de ese “rumor social”, pero en segunda instancia— el “rompecabezas” que es susceptible de ser ordenado. Dicho de otra manera, la novela apunta a una o a varias figuras posibles en las cuales podría desembocar la memoria individual y colectiva, dentro y fuera del relato.¹⁸ Esto puede verse en el tratamiento de la cronología en

¹⁷ Recordemos la idea de “discurso social” que llega al oído del escritor antes de escribir, esto es, “lo que llega al oído del hombre-en-la-sociedad” (Robin/Angeot 53).

¹⁸ Estoy pensando en la idea de la Sociocrítica sobre el discurso literario, en el sentido de que, “como ocurre con las piezas de un *puzzle* o rompecabe-

la novela, que tiene que ver con la significación que adquieren ciertos acontecimientos y personajes de la historia referencial —desde la perspectiva del narrador y de los personajes— a partir de una idea particular del tiempo y del espacio. En la novela de Garro percibimos una linealidad, un orden basado en una sucesión de hechos que responden a un “antes” y a un “después”, a un orden que parece ser cronológico, cuyos límites parecen también estar fijados: Ixtepec antes y durante la Revolución armada que comienza en 1913 con la muerte de Madero y concluye en los años treinta, con el triunfo de la facción que llevó al poder a Carranza, a Obregón y a Plutarco Elías Calles, concentrándose sobre todo en el régimen de este último (diciembre de 1924 a noviembre de 1928), y específicamente en los dos últimos años, que es cuando estalla el conflicto cristero (de 1926 a 1928). Asimismo, y aunque la novela juega con cierta precisión en el tiempo individual, pues narra hechos que van de la infancia a la muerte de Isabel Moncada (de 1907 a 1927), según reza el epitafio de su tumba, el tiempo de la narración se extiende un poco más allá, antes y después de este acontecimiento. El narrador informa al final de la novela cómo quedó Ixtepec luego de que Isabel se “convirtiera en piedra”, lo cual agrega poco a lo ya conocido; de hecho, reitera —una vez más— lo que desde un principio se sabe sobre la destrucción del pueblo y de los ixtepecanos.

Pasaron las semanas y los meses, y como Juan Cariño, nosotros nunca más volvimos a ser nosotros mismos. También Francisco Rosas dejó de ser lo que había sido; borracho y sin afeitar, ya no buscaba a nadie. Una tarde se fue en un tren militar con sus soldados y sus ayudantes y nunca más supimos de él. Vinieron otros militares a regalarle tierras a Rodolfito y a repetir los ahorcados en un silencio diferente y en las ramas de los mismos

zas, la configuración particular del objeto discursivo fragmentario sugiere conexiones sin ofrecer nunca *a priori* la pieza que falta” (Robin/Angenot 53). Esto es, que lo real se le presenta al escritor —a través del rumor del discurso social— como un rompecabezas del cual, luego de cierta manipulación, puede obtener una figura y cuyos fragmentos en sí mismos revelan una parte del enigma de esa figura posible.

árboles, pero nadie, nunca más, inventó una fiesta para rescatar fusilados. A veces los fuereños no entienden mi cansancio ni mi polvo, tal vez porque ya no queda nadie para nombrar a los Moncada. Aquí sigue la piedra, memoria de mis duelos y final de la fiesta de Carmen B. de Arrieta. Gregoria le puso una inscripción que ahora leo. Sus palabras son cohetes apagados (294-295).

Sobre esa base, construida por el tiempo de la Historia y por el tiempo de la historia general o anécdota del relato, se construye otro tiempo, el de las historias individuales, particulares. Es un tiempo que responde a una lógica diferente y que se desarrolla independientemente del tiempo exterior, histórico y concreto. En la "memoria de Ixtepec", o memoria de Isabel Moncada, lo que cuenta es la historia de Ixtepec antes y después de Francisco Rosas, de Julia Andrade, de Felipe Hurtado. Es entonces posible quebrar la crónica como descripción exacta y fidedigna de los hechos, es posible borrar los límites temporales y espaciales y ubicarse en los orígenes del pueblo, atravesando como un rayo por diferentes etapas de la vida pasada, interrumpiendo, contaminando, complicando y hasta enmarañando con informaciones transhistóricas, la horizontalidad y la cercanía del relato. De la misma manera, se puede acceder a un futuro, a partir de ciertas tendencias que se manifiestan en el presente y se concretan tiempo después, o acceder a un futuro todavía más virtual,¹⁹ donde lo imprevisible puede tener lugar, teniendo como guía el deseo y la imaginación.²⁰

¹⁹ Predicciones, presentimientos, fantasías de los personajes le dan al relato ese sabor de futuro que ya es pasado, pero también apuntan a una realidad que es totalmente inexistente pero *posible*.

²⁰ El constante desdoblamiento de personajes como Martín e Isabel Moncada, que van del presente adulto al pasado de la infancia, el constante ejercicio de evocación y metaforización al que se somete la realidad para acceder a otra, habla de que hay un fluido surrealista muy marcado —y la influencia del psicoanálisis de Freud—, dada la idea subyacente de que en el individuo no hay una, sino por lo menos dos realidades paralelas que conviven estrechamente, una "otredad" o "alteridad" que en momentos puede manifestarse. Al mismo tiempo, hay un continuo pasar sin más de la realidad de la vigilia a la del sueño y, por otra parte, hay una tendencia en varios personajes de acceder a esa realidad "otra" que nos es inherente a través de la "fantasía", "la imaginación" (Breton 27-31).

Esos "veinte años" de la vida de Isabel que la memoria precisa como la distancia temporal desde la cual son interpretados los acontecimientos y que ponen de manifiesto la confusión cronológica, refuerzan la idea de que dicha interpretación depende de la experiencia personal y colectiva que le sirve de referente (los hechos reales del pasado inmediato o mediato); pero sobre todo están en relación con el conjunto de representaciones que configuran de diversas maneras el llamado "discurso social". En este caso concreto, pareciera que para el "nosotros" de la memoria de Ixtepec, cualquier ubicación temporal realista o histórica resultaría inútil. Son los hechos y su significación en el imaginario (esa huella que de muchas formas se manifiesta en los actos cotidianos y personales) los que se vuelven trascendentes. Es decir, lo que para la historiografía oficial está en primer plano, para la historia no oficial y local se vuelve secundario. De ahí que los momentos extraordinarios, esos momentos culminantes que rompen la monotonía de la vida cotidiana, sean los verdaderamente relevantes y formen esa otra historia, ese relato que se ofrece como un discurso social alternativo.

Así, en la segunda parte de la novela, a pesar del ambiente de temor y angustia que domina el ambiente en el pueblo, la celebración de una fiesta (que es en realidad una conjura disfrazada en contra de los militares) se convierte en un hecho trascendente, que la memoria, la historia de Ixtepec tiene registrado.

También yo me sorprendí del entusiasmo con que mi gente aceptó la idea de la fiesta para el general Francisco Rosas. ¡El hombre es voluble! Se diría que en un instante todos olvidaron la iglesia cerrada y a la Virgen convertida en llamas. Los carteles con el paño de la Verónica y el rostro de Jesucristo dejaron de amanecer en las puertas y los gritos nocturnos con las palabras "¡Viva Cristo Rey!" cesaron. Mis noches volvieron a la calma. El miedo mágicamente disipado con la palabra fiesta se convirtió en un frenesí que sólo encuentra paralelo en mi memoria con la locura que me poseyó durante las fiestas del Centenario (194).

Ahora bien, a través del narrador en primera persona, el Yo-memoria de Ixtepec, situado a distancia temporal de los hechos

("Yo supe de otros tiempos") y a distancia espacial ("Desde esta altura me contemplo") la novela da una versión sintetizada de la génesis, el desarrollo y la decadencia de Ixtepec, con la conciencia evidente de que los hechos de la realidad que la memoria guarda y quiere comunicar sólo pueden adquirir valor si existen el distanciamiento estético y una lucidez ética²¹ que se sobrepongan a las limitaciones y barreras que levantan un tiempo y un espacio específicos.

Yo supe de otros tiempos: fui fundado, sitiado, conquistado y engalanado para recibir ejércitos. Supe del goce indecible de la guerra, creadora del desorden y la aventura imprevisibles. Después me dejaron quieto mucho tiempo. Un día aparecieron nuevos guerreros que me robaron y me cambiaron de sitio. Porque hubo un tiempo en el que yo también estuve en un valle verde y luminoso, fácil a la mano. Hasta que otro ejército de tambores y generales jóvenes entró para llevarme de trofeo a una montaña llena de agua, y entonces supe de cascadas y de lluvias en abundancia. Allí estuve algunos años. Cuando la Revolución agoniza-

²¹ "El enfoque estético del ser interior del hombre exige ante todo que no le creamos, ni contemos con él, sino que lo aceptemos por encima de la fe y la esperanza, que no nos encontremos con él y en él (porque a partir de su interior no puede haber ninguna valoración fuera de la fe y la esperanza). La memoria empieza a actuar como la fuerza que une y concluye; desde el primer momento de la aparición del héroe, éste nace para esta memoria (muerte), y su proceso de formación es el de la recordación. La encarnación estética del hombre interior anticipa desde un principio la irremediabilidad semántica del héroe; la visión artística nos ofrece a todo el héroe calculado y medido al final; en él no debe haber un secreto de sentido para nosotros [...]. Desde un principio debemos buscar los límites de su sentido, admirarlo como algo formalmente terminado [...], desde un principio lo debemos vivir en su totalidad, y en su sentido, debe estar formalmente muerto para nosotros" (Bajtín 1986 117). Por otra parte, coincidimos con Bajtín en que "ni un solo acto cultural creador tiene que ver con una materia totalmente indiferente ante el valor o completamente casual y desordenada —la materia y el caos son en general conceptos relativos—, sino siempre con algo ya valorado y ordenado de algún modo, respecto al cual debe ocupar ahora su posición valorativa con responsabilidad. Así, el acto cognoscitivo encuentra la realidad ya elaborada en los conceptos del pensamiento precientífico, pero —y esto es lo principal— ya valorada y ordenada por la conducta práctico-cotidiana, social y política, y la encuentra reafirmada religiosamente; por último, el acto cognoscitivo parte de la imagen estéticamente ordenada del objeto, es decir, la visión de éste" (Bajtín 1985 32).

ba, un último ejército, envuelto en la derrota, me dejó abandonado en este lugar sediento. Muchas de mis casas fueron quemadas y sus dueños fusilados antes del incendio (9).

En esta descripción casi laberíntica, construida por enumeraciones graduales que constituyen una amplificación, el antes y el después se confunden, la secuencia “fundado, sitiado, conquistado y engalanado” parece, en el resto del párrafo, una línea ininterrumpida de acciones iguales y en ascenso. Luego de un período de guerras que, en el transcurso, van perdiendo su carácter épico y adquiriendo un tono trágico; luego de ese ascenso que se relaciona con la estancia de años en una “montaña llena de agua [...] de cascadas y de lluvias en abundancia” —un período brevísimo de felicidad, debido a la abundancia de lluvias, alusión muy aguda a la importancia que para el agro mexicano tiene el agua como símbolo de bienestar y de abundancia (González Graff 13)— hay, al final, una caída estrepitosa, cuando un ejército “envuelto en la derrota” lo arrastra a su destrucción total. Por ello Ixtepec es ahora un “lugar sediento”, inhabitado e inhabitable con sus casas “quemadas y sus dueños fusilados antes del incendio”. Es en este espacio de desolación, casi un cementerio, donde se ubicarán las peripecias y los avatares de los personajes. Resulta evidente que todo lo que ocurre en Ixtepec, lo que se narra sobre Ixtepec, ya ha ocurrido con mucha anterioridad. Se narra, pues, desde un pasado de cara a un pasado: Ixtepec ya no existe, ni sus pobladores tampoco; sólo es recuerdo, un recuerdo que se dirige a un futuro que es réplica del pasado y el cual se convierte en realidad sólo a través de la palabra —presente de la enunciación— que trata de reconstruir la memoria individual, la cual a su vez pretende fungir como memoria colectiva. La memoria de Ixtepec es una “piedra aparente”, una lápida parlante que ha quedado como testigo de su destino, del destino humano, y que, desde lo alto, aislada de todo, se contempla a sí misma como una intrincada red de imágenes y de reflejos.

Y como la memoria contiene todos los tiempos y su orden es imprevisible, ahora estoy frente a la geometría de luces que in-

ventó a esta ilusoria colina como una premonición de mi nacimiento. Un punto determina un valle. Ese instante geométrico se une al momento de esta piedra y de la superposición de espacios que forman el mundo imaginario, la memoria me devuelve intactos aquellos días (12).

Ahora bien, esa memoria no es inocua ni neutral política e ideológicamente. En la memoria de Ixtepec un acendrado populismo y antijacobinismo permea la visión cristiana y milenarista de la historia, según la cual se vive un periodo de prueba, de castigo, de expiación (la venida del Anticristo y sus huestes), que preludian una época más luminosa y justa, marcada por cierto mesianismo, presente también en toda la novela.²² A partir de esta visión se interpreta la vida del pueblo, como un antes (una especie de infancia) y un después, con la llegada del general Francisco Rosas (vejez o decadencia de Ixtepec), que culminará en la destrucción total, para dar paso a una nueva era.

Su presencia no nos era grata. Eran gobiernistas que habían entrado a la fuerza y por la fuerza permanecían. Formaban parte del mismo ejército que me había olvidado en este lugar sin lluvias y sin esperanzas. Por su culpa los zapatistas se habían ido a un lugar invisible para nuestros ojos y desde entonces esperábamos su aparición, su clamor de caballos, de tambores y de antorchas humeantes. En esos días aún creíamos en la noche sobresaltada de cantos y en el despertar gozoso del regreso. Esa noche luminosa permanecía intacta en el tiempo, los militares nos la

²² Entendemos por milenarismo "una doctrina religiosa basada en la espera de un Reino, que sería el Paraíso recobrado (aunque situado en el porvenir significa una vuelta al pasado edénico) [...], una era de paz y descanso pero que está precedida por fases preliminares y por pruebas anunciadas generalmente por fenómenos meteorológicos y sacudidas políticas o sociales [...]. En esas catástrofes se presiente la intervención del prodigioso Anticristo [...], encarnación de todas las potencias destructoras y anárquicas". Muchas veces milenarismo y mesianismo van juntos y este último es la "creencia religiosa en la venida de un redentor que pondrá fin al orden de cosas e instaurará la era de paz y felicidad [...]; se caracteriza por una vinculación estrecha entre lo religioso y lo profano, el orden sagrado y el orden temporal, reuniendo alrededor suyo el «guía» divino a un grupo de fieles, al que comunica las órdenes o normas sobrenaturales" (Franco 306).

habían escamoteado, pero el gesto más inocente o una palabra inesperada podía rescatarla. Por eso nosotros la aguardábamos en silencio. En la espera yo estaba triste, vigilado de cerca por esos hombres taciturnos que surtían a los árboles de ahorcados. Había miedo. El paso del general nos producía temor. Los borrachos también andaban tristes y de cuando en cuando anunciaban su pena con un grito alargado y roto que retumbaba en la luz huidiza de la tarde. A oscuras su borrachera terminaba en muerte. Un círculo se cerraba sobre mí. Quizá la opresión se debiera al abandono en que me encontraba y a la extraña sensación de haber perdido mi destino. Me pesaban los días y estaba inquieto y zozobante esperando el milagro (1).

Contraponiendo la presencia evocada y deseada de los ejércitos zapatistas a las tropas federales comandadas por Francisco Rosas (presencia deleznable y pernicioso), y considerando después la posibilidad de la llegada del cristero Abacuc como un Mesías que pondrá orden final a las cosas, el imaginario social de Ixtepec construye su propia temporalidad, su antes y su después: un pasado representado por el zapatismo, un futuro que llenará Abacuc. Y en medio, en el presente, el vacío, una época de desastres de toda índole, la cual, de tan prolongada, se vuelve eterna y se manifiesta en los ixtepecanos como pérdida de la ilusión y de la esperanza. Lo contrario sería la restitución de ese tiempo donde es posible transformar y crear, donde es dable ser. Se trata de la creación del tiempo histórico, que puede ser vislumbrado, en chispazos muy breves, rompiendo la monotonía de lo mítico.

Ahora bien, la importancia que se da al zapatismo y a personajes como Abacuc, ambos reales y verificables en la región donde se ubicaría Ixtepec,²³ sitio que, según las palabras de la propia autora, en la realidad es Iguala (Guerrero),²⁴ habla de

²³ Abacuc realizó su campaña en Guerrero fundamentalmente, pero llegó a actuar en Morelos, Puebla y México (Meyer 1: 311-316).

²⁴ A petición de Emmanuel Carballo, Elena Garro habló de su infancia, de sus padres y del ambiente que la rodeaba y de los que partió para crear *Los recuerdos del porvenir*: "Mi casa estaba en Iguala, Guerrero [...]. En esos días el mundo era muy trágico. Mi héroe era el Padre Pro y mi enemigo

cómo la novela integra a su propio discurso datos e informaciones reales y una serie de mitos que forman parte del imaginario de una región. En este caso se trata del mito zapatista que aún persiste en los lugares donde actuaron los ejércitos de Zapata, sobre todo en un área donde confluyen Morelos, Hidalgo, Guerrero y Oaxaca y donde virtualmente estaría ubicado Itepec. Son lugares donde se piensa que Zapata no ha muerto y que regresará un día a continuar la Revolución, a hacer realidad su programa agrario. Advendría así una era luminosa, alegre y justa para el campesino pobre. Se veía en la lucha del revolucionario del sur una posibilidad de salvación de su estado de indigencia y de depresión social y moral (Rueda 14-15).

El caso de Abacuc es muy parecido en la segunda parte de la novela, pues vendrá a tomar el lugar de Zapata, como una reencarnación de éste y un continuador de su obra. En la realidad, Abacuc fue un jefe de la Cristiada en el estado de Guerrero. Exzapatista, agrarista, H. Abacuc Román, como se llamaba en la realidad, escobarista en Sonora y luego cristero, realizó una importante campaña militar, ganando adeptos sobre todo entre los jefes agraristas. Operaban sus ejércitos en la Sierra del Tigre en Cuernavaca; luego se unió a los cristeros de Morelos y de México y, después de triunfos y derrotas, recibió un comunicado en que se le anunciaba la paz.²⁵ En la novela, el narrador cuenta:

Plutarco Elías Calles. Cuando el general Amaro llegó a perseguir a los cristeros, todo el pueblo se encerró. Deva y yo salimos a correr junto a su coche abierto para gritarle hasta quedarnos roncos: «¡Viva Cristo Rey!». En 1953, estando enferma en Berna y después de un estruendoso tratamiento de cortisona, escribí *Los recuerdos del porvenir* como un homenaje a Iguala, a mi infancia y aquellos personajes a los que admiré tanto y a los que tantas jugarretas hice" (Carballo 497-507).

²⁵ Jean Meyer nos informa con cierto detalle sobre las peripecias de este personaje histórico y reproduce además un fragmento de un discurso suyo fechado el 18 de agosto de 1929, donde alienta a sus correligionarios a la lucha: "Compañeros, sólo he venido a levantar la bandera de Cristo Rey, porque ya estamos cansados de tantas tiranías del Turco Plutarco Elías Calles, así es que quiero que me digan si me acompañan o no; me dijeron que sí pero que no tenían armas, que los acababa de desarmar el gobierno, por eso no se apuren les contesté, hay que quitárselos a ellos" (Meyer 1: 311-313).

Los militares nos espiaban y nosotros esperábamos la aparición de Abacuc el cristero. Andaba alzado en la Sierra y su nombre corría de pueblo en pueblo. A media noche los hombres cogían los caminos secretos y se escapaban de Ixtepec para unirse a los alzados. Abacuc dormía de día y en la noche aparecía dando un alarido en los pueblos vecinos. Mataba a los soldados, liberaba a los presos e incendiaba las cárceles y los archivos. Los hombres lo acogían juntando sus alaridos a los suyos y descalzos corrían detrás de su caballo que volvía a desaparecer en los vericuetos de la Sierra. Alguna noche Ixtepec oiría su grito: ¡Viva Cristo Rey!, y eso sería la última noche de Francisco Rosas.

—¡Ya no tarda en venir!

Y nos reíamos saboreando el nuevo incendio de Ixtepec.

—¡De qué llega... llega!

Y ni siquiera mirábamos a las ventanas de la Comandancia Militar donde estaban los militares espiándonos; el general y sus ayudantes eran nuestros presos (183).

Como en el caso de los zapatistas, Abacuc es un fantasma que deambula por los sueños y ensueños de los ixtepecanos. El imaginario colectivo ve en la llegada del jefe cristero la vuelta de ese Mesías, Zapata. Así, toda la violencia y la miseria material y moral que se vive parece ser una época de prueba que preludia una época nueva. Milenarismo y mesianismo juntos permean la visión de los ixtepecanos respecto a los hechos históricos, lo cual puede deberse en parte a la situación económica y social que se vive en el pueblo y en la región.

Al retomar los mitos populares, así como una serie de elementos que provienen de diversos discursos y desde una perspectiva que también se pretende "popular", *Los recuerdos del porvenir*, en sus diferentes figuraciones, pareciera ser un intento de integración de otros elementos, de otros discursos y lenguajes sociales que habían sido aplastados, menospreciados, acallados por la potente y unívoca voz del "discurso social" hecho institución, hecho gobierno. Colocado a distancia irónica de sí mismo, el discurso de la novela de Elena Garro se pone a prueba como conciencia histórica, constituida por los acontecimientos, interpretados por la voz y la mirada de una colectividad marginada, aislada, silenciosa y pasiva, encerrada sobre sí misma, la cual,

“como el agua que va al agua”, reproduce hasta el infinito su rostro, reflejado en una serie de espejos rotos, dispares. Estas imágenes del mundo cercano y del que es posible adivinar más allá, forman un repertorio ciertamente limitado y reiterativo de discursos que pasan de una novela a otra, de una época a otra, conservando elementos esenciales, pero de nueva cuenta naturalizados por un discurso exclusivo —o que pretende serlo— gracias a la capacidad mayor o menor para ver y oír lo que, quizá otros han ignorado, aunque resuena como un eco intermitente.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AZUELA, MARIANO. *Los de abajo*. Ed. Jorge Ruffinelli. Col. Archivos 5. México: SEP / UNESCO, 1988.
- BAJTÍN, MIJÁIL. *Estética de la creación verbal*. Col. Lingüística y teoría literaria. 2ª ed. México: Siglo XXI, 1985.
- —. *Problemas de literatura y estética*. Trad. Alfredo Caballero. La Habana: Arte y Cultura, 1986.
- BUBNOVA, TATIANA. *F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de “La Lozana andaluza”*. Cuadernos del Seminario de Poética 10. México: IIF / UNAM, 1987.
- BRETÓN, ANDRÉ. “Manifiesto del surrealismo.” *Manifiesto del surrealismo*. 4ª ed. Trad. Andrés Bosch. Calabria: Labor, 1969.
- CARBALLO, EMMANUEL. “Elena Garro.” *Protagonistas de la literatura mexicana*. Col. Lecturas Mexicanas, 2ª serie 48. México: Ediciones de El Ermitaño / SEP, 1986.
- CARBONELL, OLIVIER. *La historiografía*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. Breviarios 353. México: FCE, 1986.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL, CHRISTOPHER. “Maestros modernos: la disolución de la utopía.” *Los Universitarios* 3ª época. 2 (1989): 10-15.
- FRANCO, JEAN. *Lectura sociocrítica de la obra novelística de Agustín Yáñez*. Col. Letras. Serie Crítica 4. Guadalajara: UNED, 1988.
- GARRO, ELENA. *Los recuerdos del porvenir*. Col. Lecturas Mexicanas 3. México: SEP / Joaquín Mortiz, 1985.
- GONZÁLEZ, LUIS. *Pueblo en vilo*. México: El Colegio de México, 1979.
- GONZÁLEZ GRAFF, JAVIER. “El campo, principal problema de México.” *Cemos-Memoria* 35 (sept. 1991): 10-24.
- GUZMÁN, MARTÍN LUIS. *El águila y la serpiente*. Pról. María del Carmen Millán. México: Promociones Editoriales Mexicanas, 1979.

- MEYER, JEAN. *La Cristiada. (La guerra de los cristeros)*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. 3 vols. 6ª ed. México: Siglo XXI, 1979.
- ROBIN, REGINE, MARC ANGENOT . "La inscripción del discurso social en el texto literario." *Sociocríticas. Prácticas textuales. Cultura de fronteras*. Ed. M. Pierrete Malcuzyński. Amsterdam: Rodopi B. V., 1991.
- RUEDA SMITHERS, SALVADOR. "Emiliano Zapata: los signos de un caudillo, biografía de un símbolo." *Apuntes*. Versión mecanografiada. INAH.